

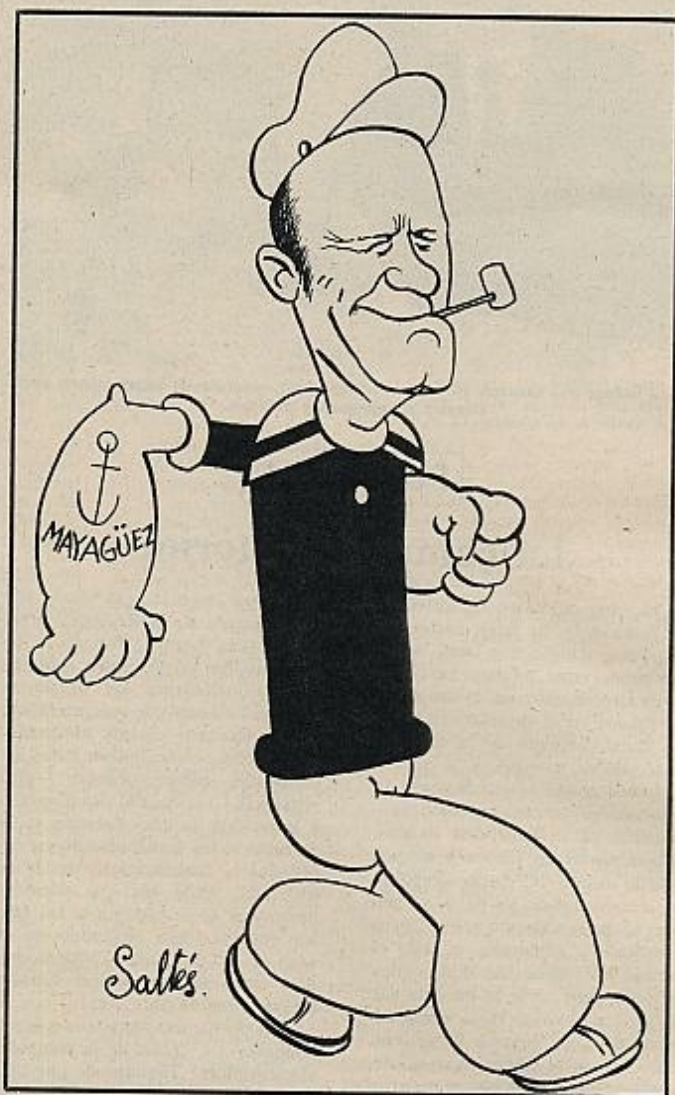


Ford fue un guerrero frío de primera categoría, un hombre que admiraba la lucidez y la inteligencia de su jefe, Nixon, y no tiene plasticidad para cambiar.

UNA vez más, sin embargo, se plantea un matiz muy fácil de entender para españoles, porque es todo el eje actual de los movimientos políticos nacionales, que consiste en entender que una de las formas de contención del comunismo es precisamente resaltar las formas democráticas y las libertades individuales. Ford no ha llegado nunca a ese capítulo del manual. Repitamos que la política de los Estados Unidos es de blanco y negro, de simplificación y de esquemas: para ellos —como para tantas fuerzas españolas— no hay mejor oposición al comunismo que cortar el paso como sea, y no cabe duda de que la democracia es uno de esos pasos para que el comunismo se haga visible, como la escritura simpática al contacto con un reactivo. Ford ha pasado toda una vida en el Senado sin demasiadas complicaciones ideológicas y tratando de salvarse de pensamientos demasiado complejos: fue un guerrero frío de primera categoría, un hombre que admiraba la lucidez y la inteligencia de su jefe, Nixon, y no tiene plasticidad para cambiar. Coincide con un Kissinger a quien la vida hace cada vez más conservador, cada vez más lejano del profesor que fue en otros tiempos.

LA opinión de su país no ha sido en general favorable a este tipo de acción. Reproduzcamos un pequeño párrafo de un editorial del «New York Times» (4 de junio): «Aun cuando Washington se limitara en su política a la cuestión de la renovación de un acuerdo para el uso de las bases militares españolas, impartir tal espectacular bendición por el Presidente a la última reliquia del fascismo anterior a la segunda guerra mundial puede ser contraproducente». Pero, ¿no es la visita de Ford una simple continuación de una larga política, de una serie de acuerdos económicos, militares, políticos y culturales, de los pactos para las bases, de otras visitas quizá no tan largas (pero estas cuestiones no suelen medirse en minutos), como la de Nixon y la de Eisenhower? ¿Qué tienen que alegar países europeos que tienen a su vez no sólo embajadores bien establecidos, sino numerosos acuerdos, importantes inversiones y hasta cuchicheos políticos llenos de sobreentendidos con las fuerzas españolas que apoyan al Régimen y al Sistema? Si ha variado este país en algo, ha sido en el sentido de alejarse —ligeramente, es cierto— de su carácter de reliquia, según la fraseología del «New York Times» de buscar algunas formas, algunos nombres, algunos hombres. ¿Por qué ahora el escándalo? Está claro: Es una cuestión de oportunidad. Las imágenes que han visto y han leído los americanos y los europeos son «untimely», dice el «Times»: Fuera de tiempo. Inoportunas.

Y de ahí proceden las groseras palabras con las que Kissinger —esto es, «un alto funcionario del Departamento de Estado», según dicen las informaciones: un portavoz de Kissinger— alertó a los periodistas



que estaban llegando a Madrid en el avión presidencial: «Nuestra visita a España no significa que nosotros aceptemos al general Franco y su política, sino que una vez más reconocemos la importancia de las bases americanas en España para la defensa de Europa, especialmente en relación con el papel que España tendrá para la seguridad occidental después de Franco. Es preciso comprender, por lo tanto, el viaje como una marca del interés de los Estados Unidos por la transición gubernamental que se operará durante los cinco años por venir». Estos eran los huéspedes a los que se esperaba con banderas, gallardetes, homenajes y discursos: oportunistas, tergiversadores, alteradores de la realidad.

Si algo hay de reliquia en la España actual, es la reliquia de una posguerra y de una guerra fría que los Estados Unidos configuraron en Europa de acuerdo y de buena gana por parte de sus aliados europeos, de los predecesores de los gobernantes actuales. En ese mundo de la «paz americana» se inscribió España como se inscribieron otros muchos países de Occidente: unos por voluntad y vocación propias; otros, por falta de opciones. Los propios Estados Unidos son en sí una reliquia de la guerra fría, una reliquia de la doctrina Truman, de la «política del borde del abismo», de la constitución de unos países fronterizos en sus zonas imperiales. Una reliquia que se destruye en el tiempo... ■